

**EL VERANO MÁS LARGO**



**Alberto Ballesteros**

# **EL VERANO MÁS LARGO**

**ESDR**  **JULA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, septiembre 2021

© Alberto Ballesteros, 2021

© Esdrújula Ediciones, 2021

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: Álvaro Martín

Maquetación: Domingo Pérez Jiménez

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1426-2021

ISBN: 978-84-123813-7-5

Impreso en España · Printed in Spain





## La nueva estación de Alberto Ballesteros

Prólogo de Joaquín Pérez Azaústre

La primera vez que vi a Alberto Ballesteros parecía que andaba sin pisar el suelo. No es que levitase, tampoco era eso, pero te daba la impresión de haber aparecido de repente. Alberto era un muchacho espigado y de paso silencioso cuando algunos amigos lo conocimos en un lugar que ya no existe: La Clave, en la calle Calatrava de Madrid. Un bar regentado por dos hermanas con entusiasmo musical que tenía una pequeña sala al fondo, con una colección de instrumentos de cuerda colgada en las paredes. El grupo de amigos comenzamos un ciclo de cantautores: le dimos el empujón, pero quien lo organizó de verdad fue Manuel Cuesta. Una de esas noches apareció por allí Alberto. Tenía palabras cortas y certeras en el gesto cordial, pero cuando subía a aquel escenario pequeño y con encanto de La Clave de pronto desplegaba una potencia que partía del mutismo en las maneras, de una discreción en el gesto y la voz, con una pulcritud de la emoción, que te hacía fijarte en él, que te hacía pensar: aquí hay un tipo que tiene algo que decir y sabe cómo hacerlo. Después, cuando ya éramos amigos, la primera noche que lo vi cantar en el Libertad 8 y sacudir contra el suelo las suelas de esas viejas botas de cowboy que todavía conserva y se compró en Las Vegas, con sus golpes sonoros, cuando parecía

que se estaba sacudiendo la arena del desierto en el que enterraron a Moe Greene, supe que una fuerza se había liberado, que había encontrado el tono y la tensión de su autenticidad.

Ya entonces, y hablo de 2009, Alberto también se había sacudido de las suelas gastadas de sus botas la polvareda comúnmente asociada a la canción de autor. Lo hacía desde el respeto y sin ninguna displicencia, pero ya estaba claro que lo suyo era distinto. Tenía puntos de partida comunes, por supuesto: Bob Dylan, Leonard Cohen. Pero llegaba a sitios diferentes. Quizá su tradición estaba más cercana a Quique González, por poner un ejemplo. Alberto Ballesteros supo encontrar el sitio desde el que situarse, la verdad de sí mismo, y desde ahí no ha parado de crecer. Como aquella noche en el Toni 2, cuando había una rubia preciosa en la mesa de al lado, pálida y brillante, y nos dijo que le gustaba. Que había pensado en acercarse. Era tarde, y supongo que le argumenté que había poco que perder y bastante que ganar. Podría decir que lo animé, como él cuenta a veces, que fue nuestro amigo Salva Caraballo o que fuimos los dos, pero lo cierto es que tampoco hizo falta insistirle mucho: Alberto se fue a por dos copas, se sentó con la chica y esa noche no lo vimos más. Aquello fue hace ya más de diez años y el verano pasado, tras el confinamiento, El verano más largo, aquella chica rubia de una belleza armónica y tranquila, Alberto y los dos hijos que tuvieron juntos decidieron pasarlo en el pueblo en el que suelen refugiarse a veces, muy cerca de Madrid, con el amor y la familia al hombro.

La vida se abre paso y la escritura también. Estos diez años, Alberto Ballesteros ha publicado muy buenos discos: pienso en Sheffield, Teatro Chino y El mundo encima. Y recorriendo las tascas de La Latina, entre caña y caña, cuando yo regresaba a Madrid de mis personales mil y una noches, se fue acercando a mi libro Vida y leyenda del jinete eléctrico hasta convertirlo en otro disco suyo, o nuestro, desde mis versos pero con su impronta: La canción del jinete eléctrico. Alberto se acercó a mi poesía también sin hacer ruido, con pasos silenciosos, desde un respeto tan hondo que tuve que hacérselo perder para dar paso libre a sus canciones. El disco es una joya y un regalo que define a Alberto.

Pues bien: ese verano de 2020, el más largo, Alberto, la hermosa chica de hace más de diez años en el Toni 2 y sus hijos regresaron al pueblo. Alberto hizo lo que mejor sabe: llegar, ver y escuchar. Desde la prudencia del silencio. Entonces comenzó a tomar apuntes muy sutiles sobre lo que veía y escuchaba. No son poemas», quiso aclararme.

Cuando los leí, le respondí: Claro que son poemas y tienes que publicarlos. Parten del sitio en el que todo nace para Alberto: la humildad de ser y de mirar, su capacidad para el asombro. Estampas del espacio que ya nos pertenece como un lugar poético. El pueblo, su letargo, la lentitud del tiempo, esa naturaleza demorada que acompaña los ritmos familiares ya recuperados. El encanto puro de lo que es sincero. Os propongo avanzar por su poesía sin hacer ruido, para disfrutar de su delicadeza. Vamos a adentrarnos, lentamente, en la nueva estación de Alberto Ballesteros.



El verano más largo



## Introducción

Andábamos viviendo nuestra vida cuando en marzo de 2020 se nos vino encima la pandemia por Covid-19.

Tras aguantar la primavera confinados en Madrid; Lene, yo y nuestros pequeños, Clara y Leonard, nos trasladamos a finales de junio a San Pedro Palmiches, en Cuenca, mi pueblo y el de toda mi familia. La idea era pasar allí el verano, pero decidimos ampliar la estancia hasta diciembre ya que se vino la segunda ola de la pandemia y el cuerpo no nos pedía volver a la ciudad.

Los textos de los que se compone este libro los escribí entre los meses de septiembre y noviembre. Lo mío es escribir canciones, grabar discos y hacer conciertos. *El verano más largo* son apuntes con forma de poemas que me apetecía compartir. Algunos puede que sean base de futuras canciones.



## Campanas automáticas

Es como si al campanario le hubieran sacado los ojos,  
eso parece.

¡Se han llevado las campanas de la iglesia!

Dicen que para instalarles un sistema  
que hará que ellas solas suenen  
sin que nadie tenga que andar tirando de la cuerda.

No sé, no me fío.

Al parecer el cura ha pasado un número de cuenta  
para que cada uno,  
aporte lo que buenamente pueda.

Otra novedad es lo del *merchandising*,  
mascarillas con la imagen de la Virgen.  
Doble protección.

A tuntas andamos todos,  
recémosle a la ciencia.

Volverán a sonar las campanas,  
si nos las devuelven,  
y dejaremos atrás estos tiempos de ceguera.

## Zarzas vs molinos

Si bajas por la cuesta de la fuente de las Mulas, fijate.  
En una lucha un tanto desigual,  
las zarzas se están comiendo a los molinos de aceite.

Las rojas y las negras,  
están las moras en su punto.  
Septiembre.

## El kilo de leña

Aún no se ve al invierno desde aquí  
pero parece que refresca.  
Ayer domingo a la tarde  
se encendieron algunas estufas.

He preguntado por ahí  
y el kilo de leña está a unos siete céntimos;  
la pala de tractor llena,  
porque así te la sirven,  
sale por 70 euros más o menos.

Luego te acostumbras y no lo piensas,  
pero el olor de las calles  
cuando se encienden las estufas  
hace del pueblo un lugar  
más acogedor si cabe.  
Es el servicio último de la madera.

## Las acacias

A las acacias no las mira nadie.  
A mí me gustan un poco,  
digamos que me caen bien.  
Tienen algo de alegría,  
algo exótico,  
como si vinieran de otro sitio.  
Ese tallo rojizo y ese verde vivo de la hoja,  
poco o nada tienen que ver  
con el resto de la flora del lugar.  
Aquí la cosa va de arbustos, chaparros, olivos...  
todo muy verde oscuro,  
todo muy aguerrido y compacto,  
aquí todo pincha un poco.

Las acacias, en cambio, son casi amables.  
Tienen su mala fama  
por brotar por doquier en sitios feos;  
pero así, bien aseadas,  
podrían perfectamente vivir de otra manera  
y decorar salas de espera de clínicas dentales  
o portales de bloques de viviendas  
de algún barrio de Madrid.

Pero están aquí, a lo salvaje.

He visto una que sale de una alcantarilla de rejilla.

Nadie las mira

pero a ellas les da igual.